

MUJERES URUGUAYAS A FINES DEL SIGLO XIX: ¿CÓMO HACER SU HISTORIA?

Silvia Rodríguez Villamil
GRECMU. Montevideo

«Si, las mujeres forman parte de los anónimos de la historia, pero, a diferencia de ellos, también forman parte y siempre lo han formado de la élite dominante. Están oprimidas pero no exactamente de la misma manera que otros grupos, raciales o étnicos. Están subordinadas y explotadas pero no son todas ni lo están exactamente como las clases bajas. Todavía no hemos resuelto, totalmente, los problemas de definición, no obstante se puede sugerir que la clave para comprender la historia de la mujer es aceptar —por doloroso que sea— que es la historia de la mayoría de la humanidad.»

Gerda Lerner,
«The Challenge of Women's History» en: «The majority finds its past. Placing women in History, Oxford University Press, Nueva York, 1981, traducción española de Mary Nash.

Presentación

El presente trabajo surge a partir de las interrogantes que nos suscitara una investigación en curso sobre las mentalidades dominantes y las visiones de la mujer en el Uruguay de fines del siglo XIX.

Esta inquietud nos llevó, por una parte, a analizar la bibliografía nacional más reciente sobre el tema. Asimismo nos condujo a encarar una reflexión de tipo más general acerca de la presencia de las mujeres en la Historia y los requerimientos para abordar su investigación desde un punto de vista feminista. Nos replanteamos así los desafíos teóricos y metodológicos que dicha propuesta implica.

* Una versión más breve de este trabajo se publica en la revista *Relaciones* N° 84, Montevideo, mayo de 1991.

Algunas de las conclusiones de esa reflexión y esa búsqueda bibliográfica, son las que exponemos a continuación.

1. ¿Cómo eran las uruguayas hace 100 años? Ideologías y realidades.

Hasta hace muy poco tiempo, el acopio de información y el análisis acerca de la situación de las mujeres a fines del siglo pasado, era incipiente en la historiografía uruguaya. Incluso podemos decir que en su mayor parte lo realizado era obra de las historiadoras feministas de GRECMU¹.

En un lapso muy breve, esta situación ha cambiado sustancialmente. Con muy diferentes enfoques y alcances, otros historiadores han encarado el tema. José Pedro Barrán, especialmente en el segundo tomo de su «*Historia de la Sensibilidad*», Yamandú González en «*Obreras, madres o prostitutas? La cuestión femenina en el Uruguay de fines del siglo XIX*» (aun inédito) y Nieves A. de Larrobla en «*José Pedro Varela y los derechos de la mujer*». También lo analizan más brevemente Zubillaga y Cayota en un capítulo de «*Cristianos y cambio social en el Uruguay de la modernización*».

Esta visibilidad en aumento del tema, no por bienvenida deja de provocar sin embargo ciertas perplejidades que motivan a profundizar aún más la indagación, como también a clarificar algunos aspectos teóricos y metodológicos fundamentales para abordarla.

Los materiales citados evidencian hasta que punto en las ciencias sociales el objeto de conocimiento se construye a partir de las interrogantes formuladas por el investigador y en el marco de determinados paradigmas que el mismo considera válidos —existiendo así la posibilidad de visiones diferentes sobre una misma realidad.

A vía de ejemplo, el Arzobispo Mariano Soler, según Barrán «elaboró sabiamente la misoginia del clero», contribuyendo con mil argumentos a consagrar la sumisión de la mujer —como lo hacían por otra parte la mayoría de los burgueses liberales—. En cambio para Zubillaga-Cayota, fue Soler «un precursor de la reivindicación femenina en el país».

La escuela vareliana, en el planteo de Barrán, no solo contribuyó al «disciplinamiento» de la sociedad en general para adecuarla al nuevo orden (capitalista, «moderno») que se imponía, sino que esa escuela consagró también la situación subordinada de la mujer. El libro de Larrobla aporta evidencias que otorgarían fundamento a una posición contraria; así como Yamandú González considera que la reforma escolar, al propiciar la enseñanza científica para ambos sexos, colocó

1. Entre los trabajos de Silvia Rodríguez Villamil y Graciela Sapriza, investigadoras del GRECMU, grupo de Estudios sobre la Condición de la Mujer en el Uruguay, podemos mencionar «*Mujer, Estado y Política en el Uruguay del Siglo XX*» (EBO, 1984); artículos varios sobre el voto femenino, los feminismos de comienzos de siglo, etc. De Graciela Sapriza, «*Hilamos una Historia, La memoria sindical desde las mujeres*» (1989) y «*Memorias de Rebeldía*» (GRECMU-Puntosur, 1988); en varios de los cuales se analizan aspectos de fines del siglo XIX. En particular de S.R.V. «*El trabajo femenino en Montevideo (1880-1914)*» en «*La mujer en el Uruguay: Ayer y Hoy*» (EBO, 1983).

objetivamente a la mujer en situaciones mas igualitarias que prepararon el camino, entre otras cosas, para nuevas posibilidades profesionales.

En su brillante presentación de la sensibilidad dominante, analiza Barrán el marco de absoluta sumisión en que vivía (o «debía vivir») la mujer ideal según el modelo burgués. Se supone además que dicho modelo habría tenido vigencia o impregnado, en mayor o menor grado, a todos los grupos sociales.

Para el mismo período los trabajos de Yamandú González hacen referencia a una realidad totalmente distinta: agitadas asambleas y huelgas de maestras; una mujer obrera que toma la palabra en el acto de homenaje a los mártires de Chicago, soñando —en aquel Montevideo de 1889— con las infinitas posibilidades que se abrirían a «la mujer redimida» en una sociedad solidaria.

Estas aparentes discordancias que mencionamos a vía de ejemplo —pues hay muchas más— replantean para el caso un doble orden de problemas bien antiguos, tanto ontológicos como epistemológicos, que podríamos concretar en dos interrogantes: ¿cuál era la realidad —o las realidades— de las mujeres? y ¿cómo llegar a conocerla?

Al intentar dar respuesta a estas preguntas nos identificamos plenamente con un reclamo que adquiere ahora resonancias «postmodernas» y del cual se hacen eco un número creciente de investigadoras feministas. Es que necesitamos también en este campo desarrollar nuestra comprensión de las diferencias; de aquello que pueda ser común a todas las mujeres, pero además de muchos factores que las dividen, factores que también pueden unir a algunas de ellas con algunos hombres, como son las diferencias sociales, raciales, culturales. En esa medida pueden existir simultáneamente realidades distintas para mujeres distintas, sin que esto implique la «falsedad» de una u otra versión, sino una comprensión del mundo más sensible a la heterogeneidad por parte del investigador.

Esto supone en primer lugar bucear en los factores diferenciales de distinta índole que afectan a cada sector de mujeres. Implica también la necesidad de recurrir a fuentes lo más variadas y diversificadas que sea posible para poder captar y reconstruir esa realidad heterogénea. E incluso en cuanto a las metodologías a emplear, se abre también un campo de innovación, en tanto se trata de aprehender fenómenos que en general no han sido objeto del análisis histórico tradicional.

Desde luego, no solo la realidad es diversa sino que la percepción de la misma, incluso la valoración de un mismo hecho puede variar según el criterio de cada investigador y el énfasis mayor o menor que conceda a determinados factores. Por ejemplo, para el período que nos ocupa, conocida la posición de la Iglesia con respecto al papel social de la mujer —que tan sólidamente analiza Barrán— podemos discrepar en cuanto al grado de incidencia real que tuviese en la vida de las mujeres esa postura del clero, expresada elocuentemente en sermones, pastorales y catecismos.

Existen por fin otras cuestiones que nos preocupan, en tanto pretendemos hacer historia con un punto de vista feminista. Nos preguntamos ¿qué factores intervienen para definir la situación de las mujeres —y las concepciones dominantes sobre ellas— en una sociedad determinada? y ¿cómo se procesan los cambios en este terreno?

2. Mujeres y sectores populares: los olvidados de la Historia

Demasiado a menudo se tiende a considerar la condición femenina y sus variaciones como simple consecuencia, adaptación o respuesta mecánica frente a los cambios económicos, políticos o culturales que afectan a la sociedad en su conjunto. Así las mujeres serían colocadas en posiciones que resulten «funcionales» para los intereses dominantes en cada momento histórico. Este enfoque —poco dialéctico— lleva a considerar a las mujeres en general como objetos pasivos más que sujetos de la historia o posibles agentes de cambio.

Las primeras historiadoras/es (en general feministas) que se ocuparon del tema en distintos países, cayeron muchas veces en una visión de las mujeres como «víctimas» sociales, haciendo hincapié en su presión y lo penoso de su condición. Al decir Michelle Perrot, era «una historia de las desgracias femeninas». Siguió luego en algunas un vuelco hacia el extremo contrario: el intento, a veces forzado, por subrayar a toda costa el protagonismo femenino, concentrando su atención en aquellas mujeres más activas y rebeldes.

Sin desconocer que existen en cada etapa poderosos factores —materiales, ideológicos, culturales— que tienden a acotar el papel de las mujeres dentro de ciertos marcos; pensamos que vale la pena intentar rescatar su propia visión de las cosas, su protagonismo cuando exista. Sus formas específicas de participación en los procesos colectivos, sus rebeldías y sus protestas aunque sean tímidas, sus desviaciones de las normas establecidas, por más minoritarios que sean estos comportamientos. Y vale la pena rescatar todo esto no solo por su interés anecdótico; sino también porque el accionar de las mujeres puede alcanzar grados variables de incidencia en el proceso histórico general y en los cambios en su propia situación e imagen asumiendo modalidades peculiares, que a menudo han pasado inadvertidas para el historiador corriente.

De hecho, la escasa o nula aparición de las mujeres, tanto en la historiografía tradicional como en las corrientes más modernas, admite diversas explicaciones. Porque no se trata de que las mujeres no tengan historia. Sucede que, más allá de ciertos casos aislados en que se han destacado en ámbitos tradicionalmente masculinos como la política o las luchas sociales, o de algunas cuyos nombres se recuerdan por su vinculación con algún hombre prominente, gran parte de la historia de las mujeres se desenvuelve en un marco cotidiano muy poco espectacular y alejado de las esferas de poder. Por eso sus huellas se han perdido. Nadie se ha ocupado de registrarlas y así han quedado las mujeres «escondidas en la historia», según la expresión de Sheila Rowbotham.

Desde un punto de vista feminista, lo que solemos llamar «recuperación de la memoria histórica» de las mujeres (y no «Historia» a secas) responde también a demandas surgidas del presente. Porque en la medida en que las mujeres empezamos a constituirnos como colectivo, como actores sociales con un perfil común pese a la diversidad de matices —tal como sucede hoy en el Uruguay— sentimos la necesidad de afirmar nuestra propia identidad. Y así como la memoria juega un papel fundamental en la conformación de la identidad a nivel personal, también sucede algo similar a nivel social. En particular los movimientos de mujeres —aquí

y en todas partes— requieren recuperar su pasado. Las luchas y experiencias anteriores se integran así en una trayectoria que va cobrando sentido, haciéndose inteligible y contribuyendo a enriquecer y definir su perfil presente.

En muchos aspectos, el «olvido» de las mujeres en la Historia no constituye un caso único, sino que forma parte de lo que sucede con otros grupos marginales o carentes de poder, cuya presencia han desconocido durante mucho tiempo los estudios históricos. Esto determina una coincidencia en cuanto a intereses, enfoques y metodologías, entre determinadas corrientes historiográficas interesadas en rescatar el protagonismo de estos grupos y las que se plantean deliberadamente rescatar la historia de las mujeres.

En este sentido se podría trazar toda una línea de antecedentes. Incluso en la obra de Gramsci, con la reafirmación del protagonismo del individuo y su capacidad creadora en la historia, encontramos aportes muy concretos en este aspecto. Sus criterios de método sobre la historia de las clases subalternas (en «Cuadernos de la Cárcel») resultan aún sugerentes. Esta historia «disgregada y episódica», «entrelazada con la de la sociedad civil», presenta rasgos comunes con una posible historia de las mujeres.

También en la historiografía francesa y en la británica, de innegable incidencia en América Latina, hay una trayectoria en este sentido. En Francia es a partir de los trabajos de Georges Lefebvre, pasando por Albert Soboul y Georges Rudé con sus estudios sobre los sectores populares en las revoluciones burguesas. En Inglaterra con las obras de Eric Hobsbawm y E.P. Thompson sobre la formación histórica de la clase obrera y el mundo del trabajo; y posteriormente con Raphael Samuel y el núcleo de historiadores socialistas y feministas del «History Workshop» de Oxford, propulsores de la llamada «historia popular» o «historia desde abajo».

Otras tendencias recientes de la historiografía confluyen también por sus intereses y metodologías a recuperar la historia de las mujeres. Nos referimos a lo que algunos denominan «nueva Historia» y que abandonando las investigaciones centradas en las grandes estructuras, valoriza los estudios sobre la vida cotidiana, las mentalidades, los sentimientos, los gustos, la familia, la sexualidad, la muerte, el miedo, etc. En el análisis de estos nuevos temas ocurre frecuentemente que es necesario ocuparse de las mujeres.

También los caracteriza el gusto por una narrativa histórica más viva y amena, con una forma casi literaria. Se ha señalado que este cambio parece indicar que la historia ha roto su noviazgo con la economía y la sociología, iniciando buenas relaciones con la antropología. Algunos nombres como Delumeau, Duby, Le Roy Ladurie, Aries, Cipolla, Stone, ejemplifican esta tendencia.

3. Perfiles de la nueva historia de la Mujer

«La ausencia, la invisibilidad de la mujer en los estudios históricos no se debe a una conspiración malvada de ciertos historiadores masculinos, sino al arraigo de una concepción androcéntrica de la historia. Ésta propició que la historia haya sido considerada desde la óptica masculina, dentro de un sistema de valores masculinos, que ha tomado ciertos acontecimientos, procesos y movimientos como dignos de un análisis histórico y que ha excluido o ignorado otros por

entender que son accesorios o de nula incidencia histórica. De este modo, la negligencia de los historiadores surge de sus ideas en torno a lo que constituye la materia de la ciencia histórica. La misma elección de un campo de estudios y la delimitación de los hechos y temas de investigación histórica obedecen a presupuestos ideológicos previos que condicionan tanto la temática abarcada como la metodología empleada».

Mary Nash, «*Presencia y Protagonismo. Aspectos de la Historia de la Mujer*»
Ed. del Serbal, Barcelona, 1984, pág. 17

Desde hace unos años, todo lo que tiene que ver con la presencia y ausencia de las mujeres en el proceso histórico y en los estudios históricos, viene siendo discutido desde diferentes ángulos². Si bien como área específica la Historia de la Mujer es de creación reciente, y aún está en proceso de legitimación en muchos países, son innegables a esta altura los aportes realizados, con un volumen considerable y creciente de investigaciones específicas, además de su irradiación en cuanto a la inclusión de este enfoque en estudios históricos centrados en otras temáticas.

Mary Nash, que fué directora del Centro de Investigación Histórica de la Mujer de la Universidad de Barcelona, al referirse a las distintas corrientes historiográficas en este campo, señala que la «Nueva Historia de la Mujer» hoy en elaboración, parte de dos vertientes fundamentales. Una es el intento de elaboración de un marco conceptual vinculado al desarrollo de la teoría feminista contemporánea; la otra es la búsqueda de una nueva metodología a partir de un estrecho contacto con las corrientes renovadoras en las disciplinas históricas, en particular con la historia social.

En el mismo sentido se ha planteado que la incorporación de las mujeres como sujeto y objeto de la historia puede suponer nuevos modelos teóricos y metodológicos que contribuyan a una historia total. Incluso se han cuestionado los esquemas tradicionales de periodización de la historia, por considerar que fueron elaborados a partir de modelos androcéntricos del progreso, debiendo ser revisados con relación a las variaciones en la situación de la mujer.

Entre otras cosas se propone considerar las relaciones desiguales entre hombres y mujeres como una contradicción inherente a toda formación social, que se suma a las contradicciones de clase u otras. Asimismo se incorporan nuevas categorías de análisis como la de «género» o relación sexo/género, tomada de la antropología, para designar aquel conjunto de comportamientos o atributos no innatos sino socialmente construidos y atribuidos a cada sexo. Ello facilita el análisis de las relaciones sociales entre los sexos, a la vez que contribuye a esclarecer la historicidad de los llamados roles o papeles sexuales.

Otra categoría analítica que ha probado su fecundidad, a pesar de ser debatida, es la de «cultura de la mujer»; que nació del intento de superar una visión de la

2. Véase Mary Nash (ed.), «*Presencia y Protagonismo, Aspectos de la Historia de la Mujer*», Ed. del Serbal, Barcelona, 1984; Asunción Lavrin (compiladora), «*Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas Históricas*», México, FCE, 1985; Verena Radkau, «*Hacia una historiografía de la mujer*», en Nueva Antropología, Vol VIII, No. 30, México, nov. 1986; Marysa Navarro, «*El androcentrismo en la historia: la mujer como sujeto invisible*», II Congreso Mundial Vasco, octubre 1987; Michelle Perrot, «*¿Es posible una historia de mujeres?*», Lima, Flora Tristán, 1988.

experiencia femenina a partir de coordenadas políticas y económicas exclusivamente. Ello sintetizaría el «modo de vivir» de las mujeres: costumbres, ocupaciones separadas, normas, rituales, percepciones, experiencias y acciones de las mujeres en sus relaciones sociales.

En general se entiende que, para captar la participación específica de las mujeres en los procesos históricos hay que adentrarse en el ámbito de lo cotidiano, de lo privado y de lo particular; pero ya no en contraposición a lo público y lo político, sino entendiendo estas esferas como una totalidad.

Cabe señalar que algunas historiadoras —como la francesa Michelle Perrot— se muestran particularmente preocupadas ante la perspectiva de que la historia de las mujeres se constituya en una «especialidad» o compartimento estanco, un nuevo ghetto femenino. Enfatizan en cambio el papel renovador que este enfoque puede desempeñar en cuanto a la comprensión de la historia y la ampliación del campo de sus interrogantes.

4. Las mujeres y el poder en la historia: un nudo a desatar

Un enfoque de particular interés, aún poco explorado, consistiría en el análisis de los nexos existentes entre la situación de la mujer y el «orden» social en su conjunto; planteándose analizar en términos de relaciones de poder el lugar en que se sitúan las mujeres al interior del sistema de dominación imperante en una sociedad determinada. Esto requeriría un acercamiento entre la historia de la mujer y la ciencia política, en la búsqueda de un marco teórico y una metodología adecuados para abordarlo. En ese sentido los planteos de algunos autores como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en torno a la profundización del concepto de hegemonía, sugieren muchos puntos posibles de aproximación; así como su noción de una democracia radicalizada y plural se emparenta con los objetivos del feminismo como movimiento político³.

Desde el lado de la teoría feminista, existe alguna literatura acerca de «género» y «poder» desde un punto de vista sociológico y psicoanalítico, si bien no conocemos su aplicación concreta en el campo de la historia. Algunas feministas proponen adoptar en este sentido determinadas concepciones tomadas por Foucault, pero no existe un criterio unánime al respecto.

Una reflexión interesante en esta línea se encuentra en un reciente artículo de Nancy Hartsock⁴. Plantea allí la inadecuación de la teoría del poder de Foucault para reflejar el punto de vista de las mujeres o de los grupos oprimidos. Sostiene que a pesar de la obvia simpatía de este autor por aquellos que están subyugados, escribe desde la perspectiva del dominador. A pesar de que resulta «desenmascarado» en sus mecanismo, el poder aparece como omnipresente e incontenible en la sociedad.

3. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, «Hegemonía y estrategia socialista-Hacia una radicalización de la democracia», Madrid, Siglo XXI, 1987.

4. Nancy Hartsock, «Foucault on Power: A Theory for Women?» en: «Feminism/Postmodernism», Linda J. Nicholson (ed.), New York, Routledge, 1990.

En ese mundo la pasividad o la negación representarían la única elección posible para el individuo, ya que se enfatiza más en la resistencia que en la transformación. El insistir en la especificidad de cada situación, en cómo los individuos experimentan y ejercen el poder, llevaría a perder de vista las estructuras sociales. Se hace difícil así identificar el «locus» de la dominación y tampoco se visualiza cómo pueden alterarse esas relaciones o producirse los cambios. En suma desde este enfoque se podría describir el poder, pero no rescatar ni promover las acciones de signo transformador.

5. Volviendo al siglo XIX uruguayo: los aportes recientes

A partir de estas consideraciones generales, volvamos a situar la cuestión en ese último cuarto del siglo XIX en que tantos cambios se procesan en la sociedad uruguaya y a cuyo conocimiento intentamos contribuir actualmente con nuestra propia investigación. ¿Cuál es el «estado del arte» desde el punto de vista de la historia de las mujeres?

Sin entrar a considerar aquí la totalidad de los trabajos realizados, quisiéramos referirnos brevemente a dos importantes aportes recientes ya citados.

En cuanto al trabajo de Barrán, que marca sin duda un hito en la historiografía uruguaya, obvio es decir que no pretendemos hacer un comentario de tipo general, sino en lo relativo a aquellos aspectos que ahora nos ocupan. Sin embargo hay que decir, en primer lugar, que toda la obra ejemplifica el tipo de preocupaciones y enfoques que las feministas venimos reclamando hace tiempo del análisis histórico.

Desaparece aquí el privilegio de los aspectos públicos, políticos o de la producción, o el análisis de las grandes estructuras como únicos temas posibles del historiador; para dar cabida al análisis de sentimiento y afectos dominantes, la situación de los jóvenes y las mujeres, el lugar de la familia, la crianza y educación de los niños, el papel de la religión, la escuela y la medicina, las vivencias sobre la sexualidad y la muerte.

En ese marco se dibuja netamente el modelo burgués de «la mujer con dedal»: obediente y sumisa al marido, buena administradora y hacendosa, madre y esposa «casta» y recatada aun en la intimidad, ocupada por entero de su hogar y de sus hijos, que solo daba cabida a sus ensueños románticos o aventureros leyendo novelas y folletines.

Pero el acierto no está solo en la descripción, ya que la sumisión de la mujer se inserta como un aspecto totalmente integrado al interior de un sistema de dominación más amplio, que sustentaba el poder de los hombres de la clase dirigente.

Otra característica que valoramos de su enfoque es la profundización en las motivaciones de índole psicológica de hombres y mujeres (especialmente de los primeros) con un manejo de elementos psiconalíticos —al analizar, por ejemplo, las razones de la misoginia del pater familias burgués— muy elocuente para anudar aspectos individuales y sociales de aquella cultura y visión de mundo.

En síntesis, al análisis resulta redondo y convincente, demostrando variadas sutilezas. Hay que destacar además que muchos de sus rasgos trascienden lo que

sería la caracterización de un fenómeno puramente nacional, pues eran propios de la cultura occidental, europea, de la cual la nueva sensibilidad era tributaria.

Tal es el caso de la «diabolización» de la mujer, identificada con la tentación sexual —«nadie estaba más cerca que ella del demonio»— un rasgo de «larga duración» en el pensamiento político occidental, presente incluso en autores insospechados como Juan Jacobo Rousseau y otros, según lo han constatado varios estudios.⁵

Son igualmente muy significativas las similitudes con la ideología de la burguesía victoriana sobre la mujer, analizada por varias historiadoras británicas (y cuyos rasgos básicos serían: la rígida separación de las esferas de participación, relegamiento de la mujer a la esfera doméstica, el hogar y la familia, idealización de la mujer-madre y de la «femineidad», doble moral sexual y consideración de la mujer como ser asexuado)⁶.

Asimismo la percepción de Barrán sobre las diferentes ideologías de hombres y mujeres que acompañaba la división de los sexos —y que le lleva a preguntarse si no son «la punta de un iceberg que oculta formas de vida, conductas y mentalidades también distintas»— está demostrando, tanto la existencia real de estos fenómenos como la vigencia de determinados enfoques y categorías analíticas (como la de «cultura de la mujer») acuñadas por la historiografía feminista.

Con toda su riqueza y profundidad, se trata de una visión focalizada en la sensibilidad dominante: cómo la mujer era percibida y como «debía ser» para el burgués de su tiempo. Tal vez por eso aquí la sumisión de la mujer se muestra tan total y tan sofocante que no parecen quedar resquicios ni escapes posibles. Y aun aquellas que llegan a tomar conciencia de esa opresión (como el personaje de «Beba» de Reyles que cita Barrán) no pueden escapar a la misma, se resignan a esa falta de salidas.

Pensamos que esta eficaz —y necesaria— pintura de la opresión femenina se sitúa en uno de los polos («victimización» o «protagonismo») entre los cuales puede moverse la historia de las mujeres. Faltarían aquí las visiones del protagonismo, o más simplemente otras alternativas posibles dentro o fuera del ámbito de la mujer burguesa; si bien en rigor no cabe esperarlas en el marco de la sensibilidad dominante, puesto que constituían todavía expresiones aislada o minoritarias, aunque augurales.

El trabajo de Yamandú González (*¿Obreras, madres o prostitutas?*), aunque también está centrado en aspectos ideológicos, enfoca un segmento de la realidad totalmente diferente al anterior. Con abundante documentación constata como surge en Montevideo entre 1870-90 la «cuestión femenina», es decir un intenso debate acerca de los papeles sociales de la mujer. Su análisis focaliza en uno de los nudos centrales de la discusión: el trabajo femenino. En torno al mismo polemizan empresarios, gobernantes, periodistas, los obreros nucleados en la Asociación Internacional de Trabajadores y en distintos gremios, entre estos últimos varias mujeres.

5. Véase Susan Moller Okin, «*Women in Western Political Thought*», Princeton University Press, USA, 1979.

6. Entre otros P. Branca, «*Silent Sisterhood, Middle-Class Women in the Victorian Home*», Londres, 1975.

Se destaca que este debate es inseparable de las modificaciones productivas introducidas por la actividad industrial, que propiciaron nuevas formas de participación femenina en tareas asalariadas. Otro eje del planteo es el paralelismo entre «cuestión femenina» y «cuestión social» en las preocupaciones de aquella sociedad en rápida transformación; así como la inserción de estos debates en otros más amplios que involucraban temas filosóficos, religiosos, políticos, económicos, educativos, jurídicos, del Uruguay finisecular.

Un aspecto a destacar es el cuidadoso análisis comparativo de las distintas visiones del trabajo femenino, su valoración y las correspondientes imágenes de la mujer sustentadas por los distintos actores sociales. Se advierten así distintos cortes, coincidencias y disidencias entre los diferentes grupos sociales y corrientes ideológicas. Se señalan las coincidencias interclasistas o supraideológicas (en aspectos tales como la valoración prioritaria de la maternidad o la creencia en una mayor «debilidad moral» femenina) por oposición a las concepciones contrastantes que se dan en otros campos referidos también a la mujer.

En ese espacio de debate se generan prototipos en pugna —madre, obrera, prostituta— que son analizados en su interrelación. Surge asimismo tímidamente el ideal de la mujer emancipada, en el espacio ideológico de los internacionalistas, y las voces de las primeras mujeres que conocemos en esa etapa, que hablan por sí mismas sobre su propia condición y aspiraciones.

6. Las visiones que faltan: una historia desde abajo

Podríamos preguntarnos ahora, en base a lo ya realizado, ¿qué resta por hacer? ¿Qué visiones o enfoques importantes interesaría aun rescatar de la historia de las mujeres en este período? Claro está que ésto también depende del punto de vista de cada investigador.

Personalmente pensamos que resulta indiscutible la existencia de un marco general de subordinación y opresión de las mujeres —en las ideologías y en la práctica social— situación que en ciertos aspectos se acentúa e institucionaliza en esta etapa. Si ya teníamos indicios suficientes de ello, la investigación de Barrán lo ejemplifica exhaustivamente.

Sin embargo, en aparente paradoja, es también a fines de siglo que esta situación comienza a ser cuestionada explícitamente, por parte de algunos hombres y algunas mujeres; sin duda con intereses y motivaciones distintas entre ellos y con percepciones diferentes a las actuales, porque también el feminismo y las reivindicaciones femeninas son históricos e hijos de su tiempo.

Dentro de lo que restaría por hacer a nuestro juicio, podrían señalarse distintos aspectos. Falta profundizar en cuanto a la situación material de las mujeres. Conocemos algo sobre su inserción en la fuerza de trabajo, pero muy poco sobre sus condiciones de vida y de trabajo o su participación sindical.

También interesan las formas de sociabilidad, la vida cotidiana y las múltiples expresiones de la cultura de la mujer; así como sus modalidades específicas de participación —o no— en los procesos sociales colectivos de distinto signo y sus

formas de relacionarse con los hombres en diferentes ámbitos. Otro aspecto fundamental, en el cual comienza a incursionarse, tiene que ver con la demografía histórica. En ese campo Adela Pellegrino y María Camou desarrollan una investigación en la Facultad de Humanidades acerca de las estructuras familiares y el matrimonio en la segunda mitad del siglo XIX.

Pero concretamente en el aspecto que nos ocupa, en el terreno de las ideologías o visiones de la mujer, restaría en primer término el identificar más matices dentro del modelo dominante. Este no era homogéneo, pues convivían en él concepciones e imágenes que presentaban sus diferencias. Lo hemos observado así entre los ganaderos y los integrantes de la Liga Industrial, por citar dos ejemplos.

También habría lugar para exponer las concepciones alternativas acerca del papel social de la mujer, que existían, por más que en muchos aspectos estuviesen impregnadas por la sensibilidad dominante. Los jóvenes racionalistas y los liberales de las décadas del 70 y el 80, especialmente el grupo del Ateneo a través de su revista o de opiniones volcadas en *La Razón* o *El Siglo*, expresaban en los variados debates de la época sobre el tema, posiciones que cuestionaban el modelo dominante.

Ni qué decir de José Pedro Varela y sus propuestas no sólo sobre la educación de la mujer sino en torno a los derechos políticos (que reivindicaba ya públicamente en 1869). Otro tanto podría decirse sobre los obreros anarquistas y socialistas; por más que posiblemente ninguno de ellos fuese totalmente coherente con sus ideas en la práctica.

Tampoco conocemos en detalle si existían variantes en cuanto a las visiones de la mujer entre los sectores populares urbanos no tocados por la influencia del internacionalismo, tanto los de origen criollo como los inmigrantes. Es decir que nos falta la percepción de otros sectores sociales: los aún «no civilizados» (para emplear la terminología de Barrán) o los «civilizados» de diferente manera como los internacionalistas o algunos liberales más radicales.

Pero sobre todo sentimos también en este aspecto la necesidad de una historia construida «desde abajo». Faltan aquí voces de mujeres, experiencias de mujeres, percepciones de mujeres; de las que, sin luchar frontalmente, buscaron resquicios o desahogos; también de aquellas que comenzaron a imaginar situaciones diferentes o intentaron llevarlas a la práctica. Si es cierto que, como dice Foucault, dondequiera que existe poder existe una resistencia al mismo, deberíamos detectar todo un abanico de posiciones de mujeres contestatarias o simplemente atípicas en distintos aspectos o niveles. Un primer paso consistiría en rastrear la presencia de aquellas que en alguna forma transgredieron o se apartaron del modelo establecido.

En este aspecto, no aparecen solamente las transgresiones individuales, sino que encontramos las huellas de diversas organizaciones femeninas: unas son de beneficencia, otras de propaganda liberal o de mujeres masonas, en el ámbito cultural conocemos las actividades del Ateneo de la Mujer. También aparecían las obreras y las militantes anarquistas. Existió un Comité de Mujeres Socialistas en el marco de la Asociación Internacional de Trabajadores. Estaban las que se iniciaban en la literatura, o intentaban y lograban acceder a la Universidad.

Y estaban también las maestras, no sólo en la lucha gremial sino como protagonistas de primer plano de la reforma escolar. Está Enriqueta Compte y Riqué, con 22 años, viajando becada a Europa en 1889 para interiorizarse del funcionamiento de los Jardines de Infantes e implantarlos en el país; o María Stagnero de Munar, con 26 años y dos hijas haciéndose cargo de la Dirección del Instituto Normal de Señoritas en 1882, en el mismo momento en que desde la prensa los voces conservadores arremetían sus ataques contra la «subversión femenil»:

«No es necesario para que ésta /la mujer/ llene su misión en la sociedad, que sea oradora, literata, que reciba ovaciones en los clubs, que reclame asientos en los bancos universitarios. Es tan evidente que eso desvirtúa y desconoce la índole de la mujer; son tan palpables las consecuencias que ello traería a nuestra sociedad, que nos limitaremos a llamar a la meditación a todos los que puedan influir en los destinos de nuestra patria.»

«...La maternidad es una función excluyente de cualquier otro afán y la autoridad marital, base de la familia, es incompatible con la entrega de la mujer a las funciones activas de la vida exterior.»

(«El Bien Público», 29 de noviembre de 1991,
La educación de la mujer)

Las maestras que mencionamos —como tantas otras identificadas con la causa de la educación popular— no sólo enfrentaron estos desafíos de parte de la opinión pública, sino que lo hicieron con entusiasmo, sintiéndose partícipe de un proyecto transformador que incidiría en el cambio de la sociedad uruguaya toda.

Si a esto le sumamos el dato de que ellas mismas, como muchas maestras varelianas, estuvieron vinculadas a las organizaciones feministas de comienzos de siglo, comenzaremos a adentrarnos en sus motivaciones y sentimientos. El protagonismo de las mujeres en el escenario educativo finisecular, con sus facetas transgresoras y sus posibles ambivalencias, constituye justamente uno de los centros de nuestra investigación actual.

Montevideo, 1991

Bibliografía

El listado que presentamos a continuación reúne trabajos de distinta índole. Unos constituyen reflexiones acerca de la historia de la mujer, los problemas teóricos y metodológicos para su investigación, o su relación con la teoría feminista. Otros analizan la bibliografía existente sobre el tema o constituyen aportes para la investigación histórica de la mujer desde la perspectiva de otras disciplinas.

Todos ellos pueden consultarse en el Centro de Documentación de GRECMU.

No incluimos en cambio los ejemplos concretos de investigaciones realizadas acerca de las mujeres en la historia, ya que son numerosos y pueden también ser consultados en GRECMU.

- Sally ALEXANDER Y Bárbara TAYLOR
 1984 *En defensa del «patriarcado»*, en: «Historia popular y teoría socialista», Raphael Samuel (ed.), Ed. Crítica. Barcelona, pp. 257-261.
- Jorge Alberto SOARES BARCELLOS
 1988 *Antropología e historia: família, mulher e sexualidade na historiografia recente do Brasil*. Congreso Latinoamericano de Sociología, Montevideo.
- Ricardo CICERCHIA
 1990 *Mujeres e historia: ¡Viva la diferencia!* en: «Nueva sociedad», N.º 108, julio-agosto, pp. 47-55, Caracas.
- Anna DAVIN
 1984 *Feminismo e Historia del Trabajo*, en: «Historia Popular y teoría socialista», Raphael Samuel (ed.), Editorial Crítica, Barcelona, pp. 262-270.
- Pilar DIAZ SÁNCHEZ Y Pilar DOMÍNGUEZ PRATS
 1988 *Las mujeres en la historia de España. Siglos XVIII-XX, Bibliografía comentada*, Cuadernos Bibliográficos del Instituto de la Mujer, N.º 1, Madrid.
- Nélide EIROS
 1990 *Mujer y Trabajo: una perspectiva historiográfica*, Universidad Nacional de Luján, Argentina, mimeo.
- Arlette FARGE
 1988 *Práctica y efectos de la historia de mujeres*, en: Michelle Perrot, «¿Es posible una historia de mujeres?», Lima, Flora Tristán, pp. 9-19.
- María del Carmen FEIJOO
 1988 *Introducción*, en: «Nuestra Memoria, Nuestro Futuro - Mujeres e Historia - América Latina y el Caribe», Isis Internacional - Grupo Condición Femenina CLACSO, Ediciones de las Mujeres N.º 10, Santiago, pp. 7-17.
- Lola GONZÁLEZ LUNA
 1982 *Androcentrismo e Historia de América*, en «El sexismo en la ciencia», Grupo de Estudios de la Mujer, Departamento de Sociología. Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 151-159
- Linda GORDON
 1986 *What's New in Women's History*, en: «Feminist Studies/Critical Studies», Edited by Teresa de Lauretis, Indiana University Press, Bloomington, pp. 20-30.
- Eric HOBBSBAWM
 1987 *El hombre y la mujer: imágenes a la izquierda*, en: Eric Hobsbawm, «El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera», Editorial Crítica, Barcelona, pp. 117-143.
- Rose-Marie LAGRAVE
 1990 *Recherches féministes ou recherches sur les femmes?* en: «Actes de la Recherche en Sciences Sociales», N.º 83, París.
- Asunción LAVRIN
 1985 *Introducción*, en: «Las mujeres latinoamericanas: perspectivas históricas», Asunción Lavrin (comp.), México, FCE, pp. 9-31.
- Lila LEIBOWITZ
 1975 *Perspectives on the evolution of sex differences*, en: Rayna Reiter, «Towards an anthropology of women», New York, Monthly Review Press, pp. 20-35.
- Gerda LERNER
 1986 *The creation of patriarchy*, Oxford University Press, Oxford.

Alfredo LÓPEZ AUSTIN

1990 *Un objeto de la ciencia histórica*, en: «Debate Feminista», N.º 1, México.

Amparo MORENO SARDA

1982 *Huellas de mujer en el pasado: reflexiones en torno y a partir del androcentrismo en la historia*, en: «El sexismo en la ciencia». Grupo de Estudios de la Mujer, Departamento de Sociología, Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 167-217.

1986 *El arquetipo viril protagonista de la historia: ejercicios de lectura no androcéntrica*, Barcelona, La Sal.

1987 *El orden androcéntrico del discurso histórico: ejercicios de lectura crítica no androcéntrica*, en: «La investigación en España sobre mujer y educación?», Instituto de la Mujer, Madrid. pp 9-17.

Mary NASH

1982 *La mujer en la historiografía española: notas para un estudio*, en: «El sexismo en la ciencia», Grupo de Estudios de la Mujer, Departamento de Sociología, Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 161-166.

1984 *Nuevas dimensiones en la historia de la mujer*, en: «Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer», Mary Nash (ed.). Ed. del Serbal. Barcelona, pp. 9-50.

1983 *Estudio preliminar*, en: Mary Nash, «Mujer, familia y trabajo en España: 1875-1936», Barcelona, Anthropos, pp. 7-60.

Linda J. NICHOLSON

1986 *Gender and History - The limits of social theory in the age of the family*, New York, Columbia University Press.

Marysa NAVARRO

1984 *La historia desde una perspectiva feminista en América Latina*. Montevideo, GRECMU.

Susan MOLLER OKIN

1979 *Women in Western Political Thought*, Princeton University Press, USA.

Michelle PERROT

1988 *¿Es posible una historia de mujeres?*, Lima, Flora Tristán.

Verena RADKAU

1986 *Hacia una historiografía de la mujer*, en «Nueva Antropología», Vol. VIII, N.º 30, México, pp. 77-94.

Jacques REVEL

1988 *Masculino y femenino: sobre el uso historiográfico de los roles sexuales*, en: Michelle Perrot, «¿Es posible una historia de mujeres?», Lima, Flora Tristán, pp. 29-39.

Silvia RODRÍGUEZ VILLAMIL y Graciela SAPRIZA

1984 *A la búsqueda de nuestra huellas: pasado y presente en la investigación feminista*, Montevideo, GRECMU.

Sheila ROWBOTHAM

1980 *La Mujer ignorada por la Historia*, Ed. Debate/Pluma, Colombia.

1984 *Lo malo del «patriarcado»*, en" «Historia popular y teoría socialista», Raphael Samuel (ed.). Editorial Crítica, Barcelona, pp. 248-256.

Graciela SAPRIZA

1988 *Historia oral e historia de vida: aportes para una historiografía feminista*, Congreso Latinoamericano de Sociología, Montevideo, GRECMU.

Joan SCOTT

1988 *Genre: une catégorie utile d'analyse historique* en: «Le Cahier du GRIF, le Genre de l'histoire», N.º 37-38, Editions Tierces, Paris, pp. 125-153.

Carroll SMITH-ROSENBERG

1986 *Writing History: Language, Class and Gender*, en: «Feminist Studies/Critical Studies», Edited by Teresa de Lauretis, Indiana University Press, Bloomington, pp. 31-54.

Lynn STONER

1987 *Directions in Latin American women's history, 1977-1985*, en: «Latin American Research Review», V., 22, N.º 2, pp. 101-134.

Barbara TAYLOR

1984 *Feminismo socialista: ¿utópico o científico?* en: «Historia popular y teoría socialista», Raphael Samuel (ed.), Editorial Crítica, Barcelona, 239-247.

Sylvie VAN DE CASTEELE-SCWEITZAR y Daniele VOLDMAN

1988 *Las fuentes orales para la historia de mujeres*, en: Michelle Perrot, «¿Es posible una historia de mujeres?», Lima, Flora Tristán, pp. 21-27.

Maritza VILLAVICENCIO

1985 *Las rutas femeninas de la historia*, Lima.

1984 *Reflexiones en torno a la investigación histórica desde una perspectiva feminista*, Montevideo, GRECMU.

Luis VITALE

1987 *La mitad invisible de la historia. El protagonismo social de la mujer latinoamericana*, Buenos Aires, Sudamericana Planeta.